

Tribuna

Antonio Pereira. Cronista de Villafranca

La vuelta del cine-cine

El 17 de julio de 1998 me hubiera gustado estar en mi pueblo, al atardecer, para algo; que puedo cumplir en cualquier ciudad del mundo pero que no es lo mismo: ir al cine. El cine -después de años -ha vuelto con su magia al sitio de siempre en Villafranca del Bierzo, y para resaltar el acontecimiento han puesto «Titanic». En otros tiempos, para una ocasión tan celebrada hubieran traído «El Signo de la Cruz». Lo que me falta saber es si en el exterior del teatro (y cine) Villafranquino ha sonado el timbre apremiante que anunciaba la proximidad de la sesión y llamaba a los fieles. Sí, señor, a los fieles. Ver el cine en casa es una sosada. El rosario sí puede rezarse en familia (recuerden al Padre Peyton), pero el cine-cine hay que verlo a sabiendas de que en la oscuridad de la sala está la comunidad que comparte con nosotros los sueños de plata de la pantalla.

¿Y el barquillero? ¿Estaba a la puerta del cine, en la Plaza Mayor, el barquillero? Sé que muchos adornos del recuerdo habrán faltado. No acudirían a la sesión de tarde de este 17 de julio nuestras banqueras de entonces, tan guapas y poderosas como las Koplowitz madrileñas de ahora. Ni el párroco don Victoriano le habrá pegado la vuelta a la cartelera porque la artista enseñaba mucha pierna. Tampoco en el ambigú se abrirían durante el descanso las alegres gaseosas de bola de la fábrica de Olarte. Y desde luego, ninguna pareja alcahueteada en platea para dos horas de intimidad penumbrosa, qué necesidad tienen, si ahora hay coches y apartamentos y hoteles en cada tramo de las carreteras.

Los adolescentes y los mozos de aquellas generaciones aprendimos mucha vida en nuestra pantalla del Teatro Villafranquino: la manera displicente de encender un cigarrillo y levantar la copa como en un transatlántico de lujo, el subirnos las solapas del abrigo como lo veíamos en Clark Gable, los besos de Greta Garbo en «Ninotchka», que eran besos de tornillo pero sin llegar a lo que nuestro profesor de la Calle del Agua

llamaba "*bicos a fociño aberto*"...

Aquel cine -como el buen cine de siempre- era una fábrica de ilusiones. Muchas de ellas no las veríamos cumplidas jamás. (Por cierto que la misma inconsecuencia, pero menos placentera, cabe atribuir a lo que aprendíamos para examinamos. en León o Ponferrada, venga de sumar y restar quebrados, cuando no era aquella quimera del máximo común denominador y el mínimo común múltiplo, jamás en mi vida se me presentó la ocasión de. hacer esas operaciones, ni siquiera cuando además de escribir versos mayoreaba bombillas eléctricas).

En fin, en cuanto vaya a mi pueblo, lo primero será acercarme al cine que huele a cine, como en la iglesia la misa huele a misa. Me gustaría reencontrar mi sitio. No será en butaca de patio. ¡Demasiado lujo! Pero tampoco en la penuria extrema de la entrada general en el gallinero. Un asiento de delantera -en el banco todo corrido con derecho a apoyarse en la barandilla- me parece bastante para quien sólo aspira a revitalizar un trozo de su memoria.